

REVISTA DE HISTORIA DE ATACAMA Análisis Internacional



REVISTA HISTORIA ATACAMA

La arquitectura del engaño: Fernando Cerimedo y la ilusión algorítmica de las nuevas ultraderechas

Cristian Cortés Olivares
Sociólogo
Analista Internacional

La democracia contemporánea ya no se desmantela con el estruendo de los tanques de guerra ni con la irrupción violenta en los palacios de gobierno. En el siglo XXI, el poder se captura mediante la ingeniería de la percepción y el “adiestramiento algorítmico” de la ciudadanía. Cuando la opinión pública deja de brotar del debate libre en la plaza común y pasa a ser manufacturada en laboratorios digitales, la soberanía popular se convierte en una ideal. El reciente arresto en Bolivia del consultor político argentino Fernando Cerimedo imputado por tentativa de feminicidio y salpicado por investigaciones de enriquecimiento ilícito no es una simple anécdota policial: es una rendija que nos permitió ver la luz de la mercantilización electoral en América Latina.

Para comprender la magnitud del fenómeno, es indispensable superar la visión simplista del entorno digital. Desde la sociología de la comunicación, los bots y las granjas de cuentas automatizadas no son meros artefactos informáticos; representan auténticas tecnologías de dominación social. Su efectividad radica en

la instrumentalización de la clásica «espiral del silencio». Al desplegar miles de cuentas falsas diseñadas para viralizar consignas, desinformación o encuestas metodológicamente espurias —como las difundidas en Chile durante el proceso constituyente mediante firmas como Numen Group—, estos mecanismos simulan la existencia de una masa crítica dominante. El ciudadano común, situado ante lo que percibe como una “mayoría abrumadora”, opta por el aislamiento, modera su postura o simplemente cede. La deliberación democrática queda así anulada por un espejismo coordinado.

Este engranaje encuentra su terreno más fértil en un electorado fragmentado, intoxicado por la inmediatez y privado de herramientas analíticas. Las fake news operan como un veneno sutil que impregna el sentido común. En el escenario chileno, un ejemplo patente de este daño comunicacional fue la instalación del mito sobre el proyecto constitucional que aseguraba que la ciudadanía “debería entregar una de sus viviendas si poseía dos”, una falsedad sin asidero en el texto que, sin embargo, permeó profundamente en la memoria colectiva. La mentira repetida por miles de voces sintéticas termina convertida en una verdad incuestionable.

Sin embargo, el caso Cerimedo revela una dimensión aún más peligrosa: la transnacionalización de la desinformación. Los hilos de esta estructura se extienden desde Argentina con Javier Milei hasta el Brasil de Jair Bolsonaro, pasando por Chile, Bolivia y Honduras. Las investigaciones continentales y las filtraciones que hoy comprometen a diversos operadores exponen una transición alarmante: ya no se trata únicamente de moldear preferencias o alterar la conversación pública mediante la guerra sucia en redes sociales, sino de intervenir directamente en la legitimidad de las urnas y en los procesos institucionales de la región.

El encarcelamiento del denominado “cerebro digital” y el desmantelamiento de sus plataformas de manipulación han generado un evidente estado de pánico entre voceros e influencers de la ultraderecha latinoamericana. La razón es sencilla: al desconectar la red de soporte automatizado, la ilusión del respaldo masivo se disipa. Basta con examinar la abrupta caída en las métricas y en la interacción digital de diversos dirigentes de la región tras el cese de estas operaciones para

comprender que gran parte de su musculatura política no era más que un decorado de utilería.

La revelación de estos esquemas exige una reflexión urgente sobre el futuro político del continente. La opinión pública y la libre determinación de los pueblos no pueden continuar siendo rehenes de un algoritmo comprado en la sombra por consultores e intereses corporativos. Recuperar la soberanía política implica desenmascarar de manera decidida las estructuras transnacionales que transforman la mentira automatizada en poder efectivo. La democracia le pertenece irrenunciablemente a las personas y a la deliberación consciente, nunca a las máquinas.

